

Obispo Helder Camara:

“Debemos decirle al pueblo que nadie nació para esclavo”

A los 75 años de edad, Dom Helder Camara espera que el Papa Juan Pablo II lo releve del su cargo de obispo de Olinda y Recife. Este religioso, que ha dedicado su vida a la solidaridad con los desposeídos, y quien fuera perseguido y censurado durante los años más duros de la dictadura militar brasileña, recorre ahora diariamente las favelas de la ciudad. En este reportaje, concedido a la revista Acción de Argentina y suministrado al *Magazín Dominical* por Altercom, Unidad de Documentación para Prensa Alternativa, cuenta que después de su jubilación seguirá luchando para que en el mundo no haya tanta violencia y tanto odio.

Busca a Dom Helder?”, preguntó la vecina, mientras, bajo la lluvia, golpeaba sin obtener respuesta los pesados portones de la iglesia de las Fronteras, en la ciudad de Recife. “Entonces no pierda el tiempo. Dom Helder no está; nadie sabe dónde está ahora ni cuándo volverá. El siempre sale de mañana a recorrer las favelas y no vuelve hasta entrada la noche”.

Con estas pocas palabras la vecina había trazado una descripción perfecta de Helder Camara, el obispo brasileño que en los últimos años se convirtió, casi, en mito viviente. El hombre, pese a sus 75 años recorre incansable los barrios más pobres y marginales de Recife, la capital del paupérrimo Estado de Pernambuco, en el nordeste del Brasil.

El es huésped de honor en los ranchos más miserables y amigo franco de los desposeídos que los habitan, de los “retirantes” que escapan a las feroces sequías que azotan el interior del Estado, de los mendigos, los leprosos, las prostitutas, los niños desamparados que cuando lo ven llegar corren a su encuentro gritando “Ahí viene Dom”.

Pero quienes jamás se alegraron de ver al “obispo de las favelas” son los hombres del régimen que desde hace 20 años gobierna el Brasil. Para ellos, la solidaridad practicada por Helder Camara y su constante denuncia de las desigualdades sociales constituyen un acto de terrorismo, y su prédica en favor de la reforma agraria es algo que directamente los irrita. No por nada, la figura del obispo de Olinda y Recife no apareció en 17 años una vez por las pantallas de televisión.

Sin embargo, la parte más brutal de la campaña contra Helder Camara comenzó recién en 1969, cuando su colaborador, el padre Antonio Pereyra da Silva Neto, apareció asesinado en un zaguán. Luego, cuando el obispo denunció en el extranjero la tortura por parte de los militares, una veintena de sus colaboradores más cercanos fueron presos y torturados entre 1970 y 1975. La casa de Dom Helder fue ametrallada por lo menos en dos ocasiones, sin que por eso el obispo cambiase de actitud: “No se animarán a matarme, porque saben que si lo hacen el Papa vendrá a mi entierro”.

—¿Por qué siendo que hoy cientos de religiosos en Latinoamérica se dedican a ayudar a los desposeídos y combatir las injusticias sociales fue usted quien alcanzó tanta fama?

—¿Qué estás diciendo? Yo no tengo nada que explicar porque nunca dije que soy famoso. Creo que por el contrario, lo que hoy hay de hermoso en los esfuerzos de la Iglesia del mundo entero es que estamos tratando de evitar las jugadas individuales. Es como en el fútbol: existió aquella ▶



Helder Camara durante una conferencia en la U. de Harvard

fase en que había estrellas, príncipes de las jugadas individuales pero que no ayudaban mucho a la victoria del equipo. Hoy vemos que si hubiera menos preocupación por el estrellato, por las jugadas individuales despampanantes, quizá las cosas serían más fáciles.

Tenemos que tener la convicción de que Dios es nuestra luz, nuestra expresión, nuestra fuerza, y lo que él quiere es que nos unamos sabiendo que ninguno de nosotros es dueño de la verdad, ninguno tiene el monopolio del Espíritu Santo.

Esto es importante, sobre todo hoy, cuando una de las características más hermosas de nuestro tiempo es que el Santo Padre Juan XXIII, inspirado por Dios, convocó a todos los obispos del mundo para que juntos, guiados por el Espíritu Santo, intentemos traducir en términos de hoy el mensaje eterno de Cristo. Y en América Latino hubo un gran esfuerzo para aplicar las principales conclusiones del Concilio Vaticano II, en Medellín y diez años después en Puebla.

—¿Cuándo decidió usted dedicar su vida a ayudar a los desposeídos?

—Yo soy de un región pobre. Soy de una familia que no era propiamente miserable, pero era un pequeñísimo inicio de clase media, más cerca de la pobreza que del bienestar. Nací aquí en el nordeste, en Fortaleza, la capital del Estado de Ceará, que es un lugar sumamente pobre. Así que

mi vida estuvo decidida desde un principio. Ahora ya tengo 75 años, luego de haber vivido los primeros 27 en el Ceará, luego 28 en Río de Janeiro y los últimos 20 años aquí. Y ahora, a los 75 años, como es la cosa más normal de la vida, indiqué al Santo Padre que ya llegué a la edad para jubilarme.

—¿Y cuando el Papa acepte su jubilación que hará usted?

—Cuando el Santo Padre me comunique su aceptación, como es normal que lo haga, en la medida que Dios continúe dándome vida seguiré circulando dentro y fuera del Brasil, siempre con la misma misión de ayudar a crear un mundo sin tanto odio, sin tanta violencia, para que a través de la paz y del amor lleguemos a una paz verdadera y duradera.

—En sus prédicas usted siempre alude genéricamente al egoísmo. Concretamente, ¿a qué egoísmo se refiere?

—Al de cada uno de nosotros, porque el egoísmo no es monopolio de nadie. Cada uno de nosotros lleva raíces de egoísmo en su interior. Pero no pienso sólo en los pecados individuales; pienso también en los pecados colectivos, pienso en las injusticias, en la política internacional del comercio, que es un egoísmo colectivo que viene llevando un número reducido de países a ser cada vez más ricos, cuando

según las Naciones Unidas hay dos tercios de la humanidad en una situación de miseria y hambre.

—¿Y cómo puede revertirse esta situación?

—A Cristo, cuando le preguntaron cuál era el mayor de los mandamientos, respondió: *Amar a Dios*. Pero enseguida agregó que el último mandamiento es igual al primero: *amar al prójimo*. Y Cristo en toda su vida nos enseñó a unir estos dos mandamientos. Para amar a Dios, Dios quiere que nos acordemos que quiere ser padre de todas las criaturas de todos los lugares de todos los tiempos. Nosotros queremos cumplir con ese mandamiento. Dios dijo por su propio hijo que Cristo vino al mundo para que todos tengan vida, para que todos tengan vida plenamente. Entonces, cuando dos tercios de la humanidad se encuentran en una condición que ni siquiera alcanza el mínimo nivel de dignidad, una de las mejores formas de probar amor a Dios es tratar de ayudar al prójimo.

Aunque hace todo lo posible por evitarlo, a veces Dom Helder llega algunos minutos tarde para celebrar la misa de los domingos a las ocho de la mañana en la iglesia de las Fronteras. Es que a las siete, él oficia la misma ceremonia en otra parroquia, la de Don Bosco, y como hace casi 20 años vendió el automóvil del obispado para ayudar a las víctimas de una inundación,

se traslada de un lugar a otro a pie, haciendo dedo en ómnibus.

Cuando suceden estas demoras, los fieles que ya se apretujan entre las paredes amarillas y casi carentes de adornos de la iglesia, miran preocupados hacia la puerta, y sólo se tranquilizan al divisar la pequeña figura del obispo avanzando a rápidos pasos por el empedrado de la calle.

Una vez cubierto de pies a cabeza con un grueso hábito blanco e instalado en el púlpito, Dom Helder comienza a hablar con su voz pausada, monacorde, que ejerce un efecto sedante sobre el auditorio, y la misa se convierte de inmediato en un diálogo íntimo entre el obispo y los fieles, una comunicación plena en la cual una mirada o el gesto de una mano parecen expresar más que las palabras. Lo escuchan absortos, como hipnotizados, y sólo se quiebra el silencio cuando niños, adultos y ancianos entonan los cánticos que saben de memoria, repitiendo especialmente una frase de Jesucristo en la cual Dom Helder cree encontrar todo el sentido de su lucha: Yo vine para que todos tengan vida plenamente.

Luego de pedir una oración por todos aquellos que sufren en la tierra, el obispo organiza una procesión y los fieles, con una rama de laurel en la mano, se encolumnan, salen a la calle por los fondos de la iglesia y reingresan por la puerta principal. Vuelven a encolumnarse y esperan que Dom Helder coloque una ostia en sus bocas, cosa que él hace elevando sus enormes ojos y murmurando una frase para cada uno, como si todos fueran viejos conocidos.

Una vez terminada la ceremonia, Dom Helder debe esperar por lo menos una hora más antes de retirarse: una larga fila de fieles quiere besar su mano, contarle algún problema, pedirle consejos.

—Dom Helder, ¿qué sentido social le da usted al Evangelio?

—Mire, ese es un tema muy complejo, pero sintetizando, a mí me parece que dentro del Evangelio debemos batirnos contra las injusticias. Debemos unir a nuestro pueblo, decirle al pueblo que nadie nació para esclavo, que todos somos hijos de Dios, que todos somos hermanos de sangre, porque nos une la sangre que Cristo derramó por nosotros.

—¿Qué quiere decir con eso de dentro de una misma Iglesia?

—Que no hay que andar haciendo esas divisiones entre una Iglesia Vertical y una Iglesia Horizontal, una Iglesia Burguesa y una Iglesia Popular. Esto está promovido por quienes quieren dividir a la Iglesia. Lamentablemente, en nuestros días existe una gran tentación de radicalismo, cada cual se cree dueño de la verdad y desprecia

a quienes piensan diferente. Fíjate en la liviandad con que la gente rotula a los demás: pasa uno y dicen “conservador, cuadrado”, pasa otro y exclaman “progresista”. Cuando conversamos con alguien que piensa igual que nosotros, todo es agradable, pero cuando conversamos con alguien que tiene la osadía de pensar diferente, entonces creemos que tenemos el monopolio del Espíritu Santo y que los demás están equivocados.

—¿Esto es parte de la incompreensión de la cual usted siempre habla?

—Sí, y yo me pregunto cuándo vamos a aprender a ser menos radicales, cuándo vamos a contentarnos con lo que Cristo pidió a su padre: la unidad, aún admitiendo variedad dentro de la unidad. Todo esto ha hecho un daño muy grande, porque si uno se radicaliza en un sentido, enseguida viene otro y se radicaliza en el sentido opuesto.

—Volviendo a lo que hablamos antes: ¿qué papel puede jugar la Iglesia en la lucha por revertir la situación de hambre en el mundo que usted denuncia?

—Primero, antes de pensar en cambiar a los demás, pensemos en cambiar nosotros mismos. El egoísmo, como te dije, está dentro nuestro, entonces no progresamos al querer cambiar estructuras externas si no cambiamos primero las internas. Porque es muy fácil aceptar las conclusiones del Vaticano II pero no es tan fácil aplicarlas. Fíjate que hay gente que dice aceptarlas, pero en el momento en que en un país los cristianos se unen, sin violencia ni odio, para hacer una reforma agraria,

inmediatamente los acusan de subversivo y comunistas.

—¿Cómo aprecia usted esta lucha por la democracia que hoy se desarrolla con fuerza en el Brasil?

—Creo que llegó la hora en que cada uno de nosotros vaya aprovechando la libertad que puede disponer, e intentando conquistar las libertades que aún nos faltan, teniendo siempre cuidado de no caer en el libertinaje. Creo que estas luchas que hoy presenciamos en el Brasil, forman parte de un fenómeno que es bastante general.

—¿Qué fenómeno?

—Es algo que pienso al ver las dificultades con que lidian los pobres hoy en día en los mismos países industrializados ricos. Fíjate que ya estamos en plena tercera revolución industrial; primero la máquina a vapor, luego la eléctrica y hoy las computadoras y los robots, que en vez de utilizarse para el bien común, se están utilizando para ocupar menos mano de obra y eso está creando un desempleo que en muy poco tiempo será crudísimo en la misma Europa, los Estados Unidos, el Canadá... Todo esto me recuerda que problemas hay en todas partes. Cada uno de nosotros tiene que analizar sus propios problemas y ver cómo puede ayudar a los pueblos a liberarse, pero siempre sabiendo que los problemas locales ya no tienen solución puramente local. Las soluciones tienen que ir más lejos, tienen que abarcar la región, el país, el mundo, sobre todo hoy, con la presencia de las grandes compañías multinacionales y con la función cada vez mayor de los grandes bancos internacionales.★



Helder Camara

De Enmanuel Kant:

¿Qué es la ilustración?

(Berlinische Monatsschrift, diciembre de 1784)

Traducción de RUBEN JARAMILLO VELEZ
para la Revista de la U. Externado de Colombia

La ilustración es la salida del hombre de su condición de menor de edad de la cual él mismo es culpable. La minoría de edad es la incapacidad de servirse de su propio entendimiento sin la dirección de otro. Uno mismo es culpable de esta minoría de edad, cuando la causa de ella no radica en una falta del entendimiento, sino de la decisión y el valor para servirse de él con independencia, sin la conducción de otro. ¡*Sapere aude!* Ten valor de *servirte* de tu propio entendimiento! es, pues, la divisa de la ilustración.

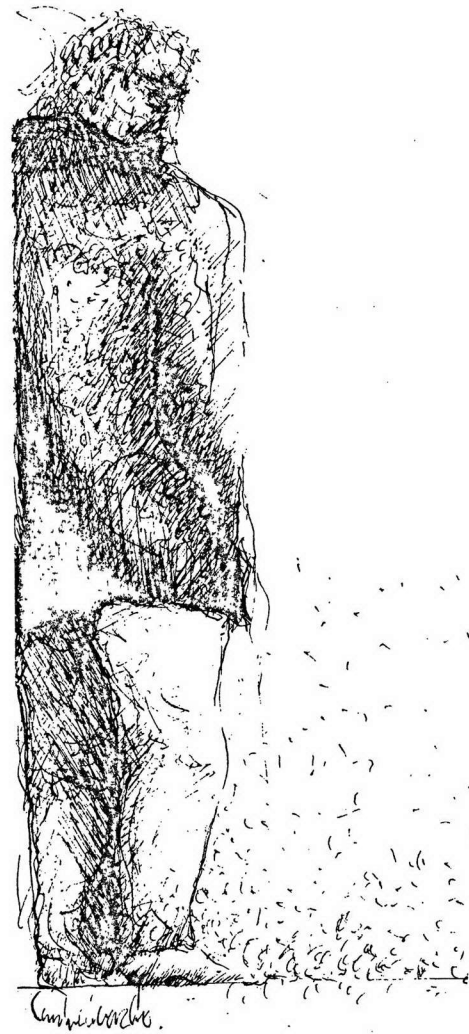
La pereza y la cobardía son las causas de que la mayoría de los hombres, después que la naturaleza los ha librado desde tiempo atrás de conducción ajena (naturaliter majorenes), permanecen con gusto como menores de edad a lo largo de su vida, por lo cual les es muy fácil a otros el erigirse en tutores. ¡Es tan cómodo ser menor de edad! Si tengo un libro que piensa por mí, un pastor que reemplaza mi conciencia, un médico que dictamina acerca de mi dieta, y así sucesivamente, no necesitaré esforzarme. Si sólo puedo pagar, no tengo necesidad de pensar: otro asumirá por mí tan fastidiosa tarea. Como la mayoría de los hombres (y entre ellos la totalidad del bello sexo) tienen además por muy peligroso el paso a la mayoría de edad; aquellos tutores ya se han cuidado muy amablemente de asumir semejante control. Después de haber atontado a su ganado doméstico y haber impedido cuidadosamente que estas pacíficas criaturas no osen dar un solo paso fuera de las andaderas en que las encerraron, les muestran luego el riesgo que las amenaza si intentan marchar solas. Ciertamente que ese riesgo no es tan grande, pues tras algunas caídas habrían aprendido a caminar; pero un ejemplo tal por lo común amedrenta y espanta, impidiendo todo ulterior intento.

Por ello le es difícil a cada hombre individual salir de esa minoría de edad casi convertida en su naturaleza. Inclusive le ha cobrado afición y por lo pronto es realmente incapaz de servirse del propio entendimiento, porque jamás se le dejó hacer el ensayo. Reglamentaciones y fórmulas, estos instrumentos mecánicos de un uso racional, o más bien de un abuso de sus dotes naturales, son los grillos que atan a una persistente minoría de edad. Quien se zafara de ellos daría sólo un salto

inseguro por encima de la zanja más estrecha por no estar habituado al movimiento libre. Por ello son pocos los que han logrado, gracias a un esfuerzo del propio espíritu, salir de la minoría de edad y andar, sin embargo, con paso seguro.

Pero, en cambio, es bien posible que el público se ilustre a sí mismo; siempre que se lo deje en libertad ello es inclusive casi inevitable. Siempre se encontrarán algunos hombres que piensen por sí mismos, incluso entre los tutores instituidos del montón, que después de haber arrojado el yugo de la minoría de edad propagarán el espíritu de una estimación racional del propio valor y de la vocación que todo hombre tiene de pensar por sí mismo. Notemos en particular que el público al que con anterioridad los tutores habían puesto bajo este yugo, después los obliga a someterse al mismo cuando algunos de sus tutores, por sí mismos incapaces de toda ilustración, los incita a la sublevación; tan dañino es inculcar prejuicios, ya que ellos terminan por vengarse de los que han sido sus autores o precursores. Por ello puede el público alcanzar ilustración sólo lentamente. Quizás sea posible producir por una revolución la caída del despotismo personal o de alguna opresión interesada y ambiciosa; pero jamás se logrará una verdadera reforma del modo de pensar, sino que surgirán nuevos prejuicios que, como los antiguos, servirán de andaderas para el montón, que carece de pensamiento.

Pero para esa ilustración sólo se exige libertad y, por cierto, la más inofensiva de las que puedan llamarse libertad, a saber: la libertad de hacer un uso público de la propia razón en todo respecto. Sin embargo oigo exclamar por doquier: ¡no razones! El oficial dice: ¡no razones, adiéstrate! El consejero de finanzas: ¡no razones sino paga! El pastor: ¡no razones, sino cree! (Sólo un único señor en el mundo dice: razonad todo lo que queráis y sobre lo que queráis, ¡pero obedeced!) Por todos lados limitaciones de la libertad. ¿Pero qué limitación impide la ilustración y cuál, por el contrario, la fomenta? Respondo: el uso público de la razón debe ser libre siempre, y es el único que puede producir la ilustración de los hombres. El uso privado de la misma, en cambio, debe ser con



Ilustraciones de Carlos Eduardo Santa

frecuencia severamente limitado, sin que se obstaculice con ello particularmente el progreso de la ilustración. Entiendo por uso público de la razón propia el que alguien hace de ella en cuanto sabio ante la totalidad del público lector. Llamo uso privado al empleo de la razón que se le permite al hombre en el interior de una posición civil o de una función que se le ha confiado. Ahora bien, en muchas ocupaciones que conciernen al interés de la comunidad es necesario cierto mecanismo, por medio del cual algunos de sus miembros se tienen que comportar de modo meramente pasivo, para que, mediante una unanimidad artificial, el gobierno los dirija a fines públicos o, al menos, para impedir la destrucción de los mismos. En este caso ciertamente no es permitido razonar, sino que se debe obedecer. Pero en cuanto esta parte de la máquina se considera miembro de toda una comunidad